Tomo 8 REPERTORIO AMERICANO Núm. 3

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1924 LUNES 7 DE ABRIL

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Lo que pienso de España

HACE algún tiempo ha llegado a nuestras manos un rico surtido de revistas y diarios españoles conteniendo peregrinos comentarios a un picaresco reportaje publicado en una ciudad del Pacífico, relativo al atraso moral e intelectual de la Península.

Tal reportaje—que nadie nos ha hecho ni menos leído hasta hoy—prueba la poca simpatía que España inspira a quien lo escribió o un travieso deseo de inquietar a los pacíficos españoles que moran en su país.

Nos sorprende que en España se incomoden por palabras que no hemos escrito, siendo tantas las veces que nos hemos referido a ella, en libros o artículos siempre publicados o reimpresos por editores o revistas peninsulares. Nuestras opiniones no han coincidido, sin duda, con las de todos los españoles, pero sí con la de aquellos que tenemos por más ilustres y virtuosos.

Nunca hemos respondido a nuestros críticos ni hemos trabado polémicas; creemos útil, sin embargo, recordar lo siguiente: la única vez que hemos aceptado el honor de hablar ante un público en España—entre hombres de ciencia y con motivo de hacérsenos una honrosísima distinción—terminamos con las siguientes palabras, reproducidas por varias publicaciones españolas:

No voy a hablaros de la *madre patria* y de las veinte repúblicas agradecidas, ni del viejo *solar* de la raza, ni de la *hidalguía* castellana, ni de las joyas que nunca donó la Reina Católica a Colón para que nos descubriese, ni del sol que no se ponía en los dominios de vuestros emperadores. Sobran en América oradores abundosos que vienen a escamotear vuestros aplausos, repitiendoos esas gratitudes insinceras, y muchos son los escritores que mendigan el elogio español, dando muestra de fiel castellanismo.

Cuando os han recitado su conferencia en uno de vuestros Ateneos, o dedicado sus libros filiales con fino amor, vosotros, los peninsulares todos, os burláis del intelectual indiano, y éste sigue complaciéndose de la ranciedad medioeval que os atribuye.

Esa España heroica y convencional—en que los sudamericanos hemos dejado de creer como fuente de cultura y de progreso—y en que ningún español ilustrado sigue creyendo después de Joaquín Costa, de Francisco Giner, de Ramón y Cajal—no forma parte de la tradición española a que deseo referirme. Esa es la tradición mala, propia de lo que vosotros mismos llamáis *la España negra*, tan admirable en vuestro teatro clásico como absurda en la vida efectiva.

Yo amo a España de otro modo; o si os place, amo a otra España. Hablo vuestra lengua por ser la de mi patria, y procuro escribirla con digna corrección; me son familiares Cervantes, Calderón y Quevedo. No temáis, empero, que os hable de ellos; preferiré poner esta conversación bajo los auspicios de otra España que entre más directamente en el área de mis ocupaciones intelectuales.

No se trata—¿huelga decirlo?—de la España pintoresca; largo es mi estudio y la vida harto breve, para dejarme tiempo de ser turista. Comprendo la belleza de vuestros anfiteatros desbordantes de instinto—*oro, seda, sangre y sol*, que cantó el poeta sevillano—pero no llega a encelarme el traje de luces de los toreadores, si bien admito su gesto fídico cuando entran a matar. Conservo alguna serenidad al oir el repiqueteo sonoro de las castañuelas en manos de vuestras bailarinas de ojos morenos, aunque me enciende secretamente la sangre, no vieja todavía. Nunca me he detenido a ver en la Península el harapo de los mendigos o la agudeza de los pícaros, pues en la vida real me interesan menos que en las páginas admirables de *Guzmán de Alfarache* y *La Vida del Buscón*.

La buena tradición peninsular existe y ella podrá inspirar a los que busquen el progreso de las instituciones mediante la renovación de las ideas generales.

Es otra España, amigos míos, la que me atrae. Todos vosotros—hombres de estudio y de pensamiento—la conocéis mejor y la amáis igual que yo; la España de los grandes filósofos, de Isidoro, de Averroes, de Maimónides y de Lulio, sumergida en la penumbra por el advenimiento de los capitanes y de los teólogos. La España que se duerme cuando el fanatismo de la teocracia quema las bibliotecas heréticas; la que va a buscar las luces de Humanismo y se extingue en Brujas, con vuestro Luis Vives; la que se ilumina de Libre Examen y muere

(*Pasa a la página 35*).

Las elecciones de 1924 en Nicaragua (1)

2

LA tierra se ha tragado a un Chamorro, el Chamorro que ejercía la Presidencia de la República bajo la bandera y las bayonetas de los Estados Unidos, elegido por su sobrino en elecciones fraudulentas con el apoyo de Washington, el cuarto Presidente de Nicaragua bajo el régimen implantado por la revolución triunfante en 1910. La muerte de un Chamorro no ocuparía por supuesto nuestra atención ni nuestro tiempo si no fuera porque del hoyo en que este muerto va a convertirse en polvo puede salir la libertad de Nicaragua.

Los dueños de Nicaragua bajo el régimen de la traición triunfante en 1910, o más propiamente, los subdueños, porque los verdaderos dueños están en Washington y en Nueva York, en el Departamento de Estado y en Wall Street, no contaron con la augusta señora cuya inesperada visita ha venido a trastornar sus planes y a poner en peligro su negocio de gobernar y explotar ad perpetuam a Nicaragua en alianza con los banqueros de Wall Street y los bucaneros de Washington; y permitieron, por razones *políticas*, que con el Chamorro que ha tenido la feliz ocurrencia de marcharse en estos momentos fuera *elegido* para la vicepresidencia un señor Martínez que aunque *conservador* parece humano y hombre capaz de la honradez y el patriotismo. Era *político* decorar con él al Gobierno de la traición. Se ganaba algo o mucho con la presencia de un hombre de bien entre la chusma de agentes, instrumentos, cómplices y monigotes de Brown Brothers y de Washington; y no se perdía nada, o no se arriesgaba nada

(1) Véase la primera parte de este importante trabajo en las entregas 19 y 20 del tomo anterior del REPERTORIO AMERICANO.

El Chamorro *elegido* por el Chamorro su sobrino cumpliría su período, ambos Chamorros volverían a ejercer sus honorables funciones de electores en 1924 con el beneplácito de Brown Brothers y de Washington y el regocijo de la facción granadina de la Calle Atravesada, y el negocio privilegiado y parasitario de vivir de Nicaragua gobernándola de segunda mano, continuaría disfrutando de seguridad y prosperidad como hasta ahora. Pero llegó la augusta señora, la invisible señora de la guadaña, piadosa e implacable, y se llevó a un Chamorro, el Presidente, y de este modo ha descubierto el Chamorro sobreviviente que hizo mal al trazar sus planes olvidando aquel dogmático dictum de Víctor Hugo: «Algo de la tumba debe haber siempre en el pensamiento del hombre». El Chamorro Presidente, el tío, no llegó hasta el fin de la jornada, no tenía vida para tanto, puede decirse que en realidad era un cadáver cuando lo hicieron Presidente; y el hombre de bien, el agricultor segobiano que en la vicepresidencia representaba una concepción maquiavélica del genio político de los Chamorro en colaboración con las águilas de la Calle Atravesada; un ente inofensivo y pasivo cuyo solo papel era de ornamentación, entró improviso en la realidad de las cosas, le dió vida la muerte, y él es hoy el Presidente de Nicaragua, con gran sorpresa y desconcierto y desazón del Chamorro sobreviviente y los numerosos Chamorros de su parentela, de la facción granadina, de Brown Brothers y de Washington.

El advenimiento del señor Martínez a la Presidencia es un suceso de grande importancia, porque se le atribuyen a este señor propósitos reaccionarios contra el régimen de la traición, del cual es él fruto sin embargo; y porque ocurre precisamente en las proximidades del período electoral, es decir, en la ocasión por excelencia para que él dé inequívocas pruebas de la sinceridad de los propósitos de que se le supone animado.

Si el señor Martínez es efectivamente un hombre de bien, un hombre de corazón y de conciencia, un patriota, no hay duda de que se dará cuenta de la oportunidad que el destino le ofrece para prestar a su patria un servicio supremo, y de que tendrá el valor de aprovechar y utilizar esta oportunidad. Los hombres que no nos contentamos con ser un lugar común en este mundo, con vivir y morir sin haber hecho nada por nuestra patria, por nuestra América, por nuestros semejantes, por la humanidad; sin haber prestado un servicio que justifique a nuestros propios ojos nuestra existencia y nos redima de la ignominia de vivir por vivir; los hombres que vivimos en la ansiedad de la oportunidad de servir y de ser útiles, envidiamos al señor Martínez y ardientemente deseamos encontrarnos en su lugar para hacer una cosa noble y grande, una cosa trascendental, una cosa imperecedera, que sería eterna fuente de bien para su patria, para Centro América, para todo un continente de naciones hermanas. El señor Martínez es un ser privilegiado, un ser predestinado. El destino lo ha elegido para una misión de honor y de amor, para una misión de libertad y de redención. El señor Martínez puede pasar a la historia como un libertador. Su figura sería completamente nueva y extraordinaria en la gloria resplandeciente de esta consumación y se destacaría única y aislada en el horizonte de la historia americana, porque sería un libertador sin espada, sin sangre, sin víctimas, sin sacrificios; un libertador en la paz, no en la guerra, que es el medio y la atmósfera inseparables de los libertadores en el pasado.

El servicio, el supremo servicio, por el cual el señor Martínez puede vivir en la inmortalidad en compañía de los más heroicos e ilustres fundadores y libertadores de América, sin excluir a Bolívar, es el mantenimiento puro e insospechable de la institución fundamental del sufragio en las elecciones de 1924 en su país.

El cambio presidencial ha acaecido justamente en las vísperas, como hemos dicho, de la campaña electoral. Los creyentes dirían que esto ha sido obra de la Providencia, y verían en el hundimiento del uno y el surgimiento del otro la voluntad de Dios, que de estos medios se ha valido para la ejecución de sus designios en beneficio de Nicaragua. Como quiera que sea, es evidente que el señor Martínez en la Presidencia de la República en Nicaragua en estos momentos no tiene sino una cuestión que cumplir, si él no es un sucesor moral de los Chamorros: rodear de garantías el ejercicio del derecho de sufragio; velar de todos modos por que sea efectivo, por que sea una verdad, un hecho el sufragio, de manera que el resultado represente sin el menor género de duda la opinión y la voluntad del pueblo de Nicaragua.

Contra esta posibilidad de la situación, que parece cada vez más clara, los conservadores se aprestan a luchar para frustrarla. Hay según entendemos una fracción del conservatismo histórico divorciada de los Chamorros y demás primates y piratas del partido de la traición, que continúa sin embargo llamándose conservador. Las armas que este partido de la traición esgrimirá para burlar los propósitos del señor Martínez son por supuesto pérfidas y arteras. Maquiavelo ha sido puesto en la grave emergencia a contribución, y ha concebido un plan ingeniosísimo que consiste en despertar la ambición personal en el señor Martínez, halagándolo con su candidatura para el nuevo período. Si el señor Martínez se deja embaucar y se presta al plan de los piratas, tendrá que abandonar la Presidencia dentro del término que la Constitución prescribe en tales casos, y no será él sino otro, el que de acuerdo con él escojan los *conservadores*, quien presida las elecciones. Luego que el señor Martínez esté fuera, que es exactamente lo que se quiere, sacarlo de la Presidencia de un modo *hábil*, los Chamorros y Compañía, Brown Brothers y Washington, darán cuenta de él. Entretanto, la repetición del fraude electoral y el triunfo del régimen de la traición se habrán hecho inevitables.

Si el señor Martínez no es un hombre vulgar y no pertenece realmente a la chusma del régimen de la traición tendrá inteligencia para ver y comprender su interés, no desde un punto de vista material, sino moral y espiritual; y sabrá de ciencia cierta que su conveniencia está en escuchar y seguir la voz de un singular destino que ha puesto a su alcance la oportunidad de prestar a su patria, a Centro América y a todo el continente, un servicio decisivo y supremo. Si por ambición personal él desconociera esta oportunidad y abandonara su puesto de deber y de misión sagrada, simplemente se haría indigno de su destino y probaría que era el más ruin y más despreciable de los hombres.

¿Qué pueden ofrecerle al señor Martínez, no ya la chusma que triunfó en 1910, sino los partidos mismos de Nicaragua, que sea superior, o siquiera comparable en algún grado a la gloria de libertador de su patria que le ofrece la oportunidad de la Presidencia de la República en el último año de este período? ¿A qué podría aspirar el señor Martínez, suponiéndolo Presidente de Nicaragua por los cuatro años del término siguiente, que fuera más importante, más ilustre, más trascendental, más fundamental, más permanente, más fecundo, que el servicio que hoy mismo y en solo un año de poder está en su mano prestar a Nicaragua haciendo verdadera la democracia, y por ende la resurrección de la nación, por medio de la libertad y la probidad en las elecciones de 1924?

Los partidos opuestos al régimen de la traición que sostiene en Nicaragua la supremacía de los intereses de Brown Brothers y de Washington, cometerían un error mortal y una ignominia si consintieran en tomar parte en combinaciones que tuvieran por base la candidatura del señor Martínez. En esos partidos está el honor y el porvenir de Nicaragua y han de ser siempre leales a los deberes que este sagrado depósito les impone. Esos partidos no pueden ni deben contribuir en ninguna forma al malogro de la oportunidad del señor Martínez, ni a la degradación de este señor si la ignora o la renuncia.

Los partidos nacionalistas de Nicaragua no pueden tener sino una política, y esta política única es clara como la luz del día: la libertad y la probidad del sufragio. Si ésta es la política del señor Martínez, los partidos nacionalistas de Nicaragua no tienen nada que temer ni de los piratas nativos ni de los piratas forasteros. Si ésta no fuere la política del señor Martínez y él optare por ser como sus predecesores los dinastas de Dawson un instrumento de los explotadores y opresores de Nicaragua, y repitiere como ellos la farsa y la infamia de las elecciones fraudulentas, el nacionalismo de Nicaragua no debe por ello refugiarse en la abstención y dejar a los malhechores el campo libre; sino que debe concurrir con todas sus legiones al sitio del deber y del

derecho, a las urnas electorales, de modo que el crimen y el escándalo no tengan atenuación ni excusa.

Otro error de que el nacionalismo de Nicaragua debe huir a todo trance es el de tomar en alguna forma en cuenta a Washington para la designación de su candidato presidencial. Hay en el liberalismo aspirantes que son traidores potenciales, porque están en su espíritu dispuestos a comprar la Presidencia al precio de transacciones y pactos secretos con los enemigos de la nación, con Brown Brothers y Washington, exhibiendo al propio tiempo sus nexos con estos filibusteros como un título irresistible ante su propio partido. El partido liberal debe guardarse especialmente de pretendientes de esta laya en su seno. Y yo sé que los hay. Yo conozco uno por lo menos. Sorprendió mi amistad por un tiempo; pero cuando lo descubrí, cuando descubrí que era un Chamorro disfrazado y un defensor del crimen de Orellana, lo expulsé de mi amistad.

La política de la unión de los partidos en un solo gran partido nacionalista para disputarle el poder en los comicios a los hombres de la traición, ya adoptada en 1920, es la mejor, y debe volverse a ella en 1924. No hay ambiciones ni cuestiones políticas de ninguna clase en absoluto mientras está de por medio la existencia de la nación. Se explican los partidos políticos cuando el debate es de principios, de programas, de sistemas, de opiniones, cuando la patria existe y es libre. La mayoría decide entre las diversas teorías y el cometido del Gobierno elegido es poner en práctica las ideas triunfantes. Pero éste no es el caso en Nicaragua. El caso allí es de patria, de restauración de la soberanía y la independencia de la nación, de liberación del pueblo de Nicaragua de las garras de los explotadores extranjeros. Las elecciones son en realidad para el patriotismo de Nicaragua un acto de defensa nacional. No puede ni debe haber conservadores, ni liberales, ni progresistas en las circunstancias en que se encuentra Nicaragua, invadida por el extranjero con la complicidad de una minoría de traidores. Las bayonetas americanas están en el Campo de Marte. Las denominaciones y los llamados partidos políticos son ridículos y estúpidos bajo tales auspicios, y no es posible que los comprendan ni los perdonen fuera de Nicaragua los hombres que saben del honor, de la dignidad, del amor a la patria y a la libertad.

La unidad de los partidos expresará fielmente la unidad nacional, la voluntad de la nación de volver a nacer y de ser libre y digna. La designación del candidato de la unidad nacional para representar en las elecciones y luego en el poder la voluntad del pueblo de Nicaragua de recuperar su soberanía y su personalidad entre los pueblos libres de la tierra, no debe de considerar razones políticas, ni razones accidentales o de circunstancias, ni razones secundarias de ninguna índole, sino los méritos, las virtudes, la capacidad, la vida del individuo, su igualdad con la magnitud de su misión. El mejor de los hombres de Nicaragua, el más inteligente, el más culto, el más voronil, el más respetable en su vida y en su carácter personal, el más sincero, el más honorable, auténtico en sus pasiones de patria y libertad e insospechable en su aversión al régimen existente y en su lealtad al compromiso de eliminarlo como punto de partida de la regeneración y la restauración de Nicaragua, debe ser el designado por los partidos unidos constituyendo la unidad nacional, como candidato para la Presidencia de la República en las elecciones de 1924.

JACINTO LÓPEZ.

(La Reforma Social, Habana-New York).

Lo que pienso de España...

(Viene de la página 33).

en las hogueras calvinistas, con el insigne Miguel Servet. La España que osa balbucear el Renacimiento con palabras indecisas, con Fox Morcillo y Francisco Vallés, con Gómez Pereira y Arias Montano; esa España que quiere resucitar en los tiempos de Carlos III, que deletrea más tarde en enciclopedismo, y que desde hace un siglo interroga a Kant, a Hegel, a Krause, a Spencer, sucesivamente y sin sosiego, segura de que ningún renacimiento histórico es posible sin un esfuerzo firme por el Renacimiento Cultural.

Mi anhelo de español sería que en los libros de los niños de hoy—los españoles de mañana—se enseñara a venerar la memoria de un Isidoro, de un Lulio, de un Vives y de un Servet, en vez de seguir mintiendo las aventuras del Cid—que vivió mucho tiempo con dinero de los moros—las glorias de Carlos *Quinto* de Alemania—que nadie conoce por Carlos *Primero* de España,—ni la magnificencia fastuosa de los siguientes Habsburgos—que por la indigencia en que vivieron no fuéronle en zaga a ningún estudiante de novela picaresca.

Constituída una nueva moral, poniendo como ejemplo la tradición de sus pensadores y de sus filósofos, a España le sobrarán fuerzas para renacer; las hay en cada provincia o región; muchas de ellas pujan ya en vuestra Cataluña intensa y expansiva.

¿Digo, acaso, lo que todos pensáis? Tan inocente coincidencia me complace, pues no pretendí sorprenderos con pensamientos originales y sólo fué mi deseo acertar tratando las cosas de España con el mismo criterio con que trato las de Hispano-América.

Anhelo que todos los hombres cultos de la América Latina aprendan a amar y a conocer la más perenne gloria de la Península, sus pensadores, vuestros abuelos: Lulio, Vives y Servet, ilustres en la historia de la filosofía, que representaron en su tiempo, la Ciencia Nueva. Y, anhelo también que los hombres cultos de España aprendan a amar y a conocer los esforzados *indianos* que procuraron nivelarse con la cultura científica moderna, mis mayores: Sarmiento, Alberdi y Ameghino, pilares augustos de la cultura de mi patria.

No habla en favor de la España culta la ignorancia de escritos contenidos en libros y revistas de cierta autoridad, ni revela cordura el aceptar opiniones que se suponen vertidas en reportajes que no han tenido lugar. Convendría una vez, que los intelectuales ibero-americanistas disiparan la ignorancia reinante en la Península sobre los hombres y cosas de América.

En América se estima a los españoles que estudian y trabajan, pero los americanos no se creen obligados a estimar todo lo español. Nuestra condición de hombre de ciencia, por otra parte, en ningún país ha sido mejor estimada que en España; hace pocos meses el Instituto de Medicina Legal de la «Universidad de Madrid», nos ha discernido el título de *Profesor Honorario*, en honor que sin esta ocasión no habríamos hecho público.

Ignoramos que en España se haya hecho una distinción semejante a ningún otro americano.

JOSÉ INGENIEROS

Buenos Aires, 1923

(Social, Habana).

Los Amigos de Magallanes Moure

Los tiene el querido poeta en Costa Rica y en toda la América. Ayudemos con algo a realizar el proyecto de monumento y edición de la obra literaria, de que habla el Sr. Meza Fuentes en otra parte de esta entrega. El Editor del REPERTORIO AMERICANO *se apunta con* **$ 5.00** *oro am. Cuantos en esta patria quieran seguir el ejemplo—y no dudamos que sean muchos los que hayan leído y amado a Magallanes Moure—diríjanse al Sr. García Monge. Cualquier suma que pongan es apreciable. Una manera eficaz de ayudar sería tomando ejemplares del* Florilegio *de Magallanes Moure que en otro tiempo tuvimos el gusto de editar, con las simpatías del Autor. Es un precioso* Florilegio. *Aún quedan ejemplares. Los daríamos a* **₡ 2.00 ($ 0.50** *oro am.) cada uno, y lo que de ellos se recogiera, se destinaría a los proyectos de los Amigos de Magallanes en Santiago de Chile. No nos dejen solos nuestros amigos y lectores en Costa Rica; sería feo. Esta nota ya nos deja comprometidos.*

gm.

Envío

San José, 28 de marzo de 1924.

Señor don Joaquín García Monge,
Director del REPERTORIO AMERICANO

Estimado amigo:

Conocedor de su valioso entusiasmo por todo lo que contribuya en forma alguna a resolver los que llamamos *problemas de la raza*, no vacilo en poner en sus manos la encomienda que me hace un distinguido y meritísimo apóstol de la confraternidad iberoamericana.

A don Vicente Balbás Capó lo conocí hace cuatro años, como él lo dice en su carta, presidiendo las sesiones de un círculo de *latinos* que se llamaban ostentosamente *Caballeros de la Raza*. En el seno de ese círculo debatimos largamente el tema ya tan trajinado de los peligros a que están sometidos estos países frente al imperialismo norteamericano, y pude apreciar la bizarra vehemencia con que en el vientre mismo del *monstruo* anatematizaban aquellos hombres la violencia triunfadora que los constreñía. Muchos de ellos eran portorriqueños y dominicanos, y en sus frases sangraba el alma atormentada de la Patria.

El señor Balbás Capó, portorriqueño que no se resignará nunca a perder su nacionalidad española, es un hombre de complexión hercúlea, de palabra culta y fácil y de un talento sereno y amplio que le permitía encauzar el torrente de aquellas indignaciones y el de mi propia indignación.

Yo pude cumplir allí, entre aquel tumulto de patriotismos desgarrados, el deber caballeroso de decir cómo los Estados Unidos de Norte América habían procedido siempre con mi país como honrados y leales amigos, sobre todo en la época de la tiranía *tinoquista*, en que tanto el Gobierno ilegítimo como la revolución restauradora, ansiaban y pedían una decidida intervención de la gran potencia septentrional en favor de sus causas. Dije allí cómo los Estados Unidos, pudiendo haber ayudado al gobernante usurpador para adueñarse por su medio de cuantas ventajas codiciara en nuestro territorio, dió su *apoyo moral* a la demanda del pueblo y allí donde pudo posar sin escándalo su planta dominadora, extendió benévolamente su brazo de Justicia. Y comentando los casos de Puerto Rico, de Nicaragua y de Santo Domingo, manifesté mi anhelo vivo de estudiar alguna vez esos sucesos sobre sus propios escenarios, para poder apreciar y comprender, con mente libre de prejuicios, las di-

(Pasa a la página 42).

La Doctrina de la Rábida

Ateneo de Madrid

Sesión inaugural de la Sección Ibero-americana

[Discurso pronunciado por el Presidente de dicha Sección, don VICENTE BALBÁS CAPÓ].

Ocupan la Presidencia los señores don Armando Palacio Valdés, Presidente del Ateneo; a su derecha el señor Embajador de la República Argentina, y a su izquierda el Presidente de la Sección, señor Balbás Capó y el señor Pérez Santisteban, Secretario Primero de la misma.

En los escaños, los Representantes Diplomáticos de los países ibero-americanos, con el señor Ministro de Portugal y los Cónsules de dichos países. Numeroso público.

Señor Presidente, señor Embajador de la República Argentina, Presidente Honorario de esta Sección; señores Representantes diplomáticos y consulares de los países ibero-americanos; señoras y señores ateneístas:

POR el raro privilegio de ostentar el que habla el inmerecido cargo de Presidente de esta Sección, tócame dirigiros unas palabras; y os prometo que seré breve, porque en este acto sólo se trata de la inauguración de nuestra vida, como Sección, vida que hubo de suspenderse por razones que todo el Ateneo conoce, y que no desconocen tampoco cuantos han seguido el proceso de los últimos acontecimientos políticos de la nación.

Desgraciadamente, nos queda poca vida —vida de Sección, se entiende, porque de la nuestra personal supongo que algo más nos queda todavía—; pero, os anunciamos que en este medio año que nos resta de labor habremos de desarrollar todas aquellas actividades que sean menester para compensar el tiempo perdido, y para que lleguemos, si no a conclusiones definitivas en orden a las finalidades que esta Sección persigue, a lo menos para dejar preparado el terreno convenientemente, a fin de que aquellos que nos sucedan encuentren ya debidamente abonado aquél y puedan recoger cosechas fructíferas y abundantes.

Ante todo, señoras y señores, permítaseme que dirija un saludo cordial, entusiasta y fervoroso a todos los dignos representantes de los países ibero-americanos que nos honran esta noche con su presencia, y que estoy seguro habrían sido más en número si el tiempo nos hubiera favorecido; pero estoy cierto de que los presentes se harán eco cerca de sus demás colegas ausentes, para hacerles copartícipes de este homenaje que a unos y otros rendimos, como elementos componentes que son de un todo espiritual, que está constituído por los pueblos hermanos nuestros que unos y otros representan, con la República lusitana, tan dignamente representada aquí también.

La nieve ha tenido la mala ocurrencia de caer copiosísima en este día en que nosotros inauguramos nuestros trabajos; pero, consolémonos, porque la nieve es blanca, y con su color simboliza la pureza de nuestras intenciones, y al mismo tiempo nos da la sensación de una nueva Natividad, porque coincide con el renacimiento de la Sección Ibero-americana, que tiene los más grandes optimismos en lo que a su futura labor toca, no por la capacidad de los hombres que la integran, sino por el empeño decidido que tienen de triunfar, porque el triunfo de ellos será el triunfo definitivo de los altos ideales de la Raza. *(Grandes aplausos).*

Quiero dirigir también un saludo entusiasta y cariñoso, con todo el respeto que ellas me merecen, a aquellas sociedades ibero-americanas que han actuado antes que nosotros, que han realizado ya gran parte de la labor que corresponde a nuestros comunes anhelos, y que han cristalizado ya en los dos continentes de manera espléndida y definitiva, desde el punto de vista de la más pura idealidad.

No cabe poner en duda que ellas han realizado en España obra fecundísima en orden al acercamiento espiritual de esta noble nación a sus hijas de América, y no me sería lícito omitir sus nombres gloriosas, llenos de ejecutorias indiscutibles. Tales sociedades son: la de UNIÓN IBERO-AMERICANA, la de CULTURA HISPANO-AMERICANA, ambas de Madrid, y la COLOMBINA ONUBENSE, que tiene su sede en el propio lugar santo y glorioso a la vez, que se llama la Rábida, cuya sola evocación trae a nuestros espíritus las emociones más vivas y hondas, pero singularmente al mío, que tiene motivos para pronunciar este nombre con verdadera devoción.

Y perdonadme, señoras y señores, que hable unas pocas palabras de mi persona: cuando yo llegué a España, hace un par de años aproximadamente, cuando yo llegué, digo, sin patria, sin nacionalidad, por haber perdido ambas cosas a consecuencia de una guerra en que esta noble nación perdió los últimos jirones de su vasto imperio colonial, y sin poder llamarme todavía español, porque los que nos vencieron nos habían arrebatado el derecho santo de seguir ostentando aquella nacionalidad y aquella bandera bajo las cuales habíamos nacido, hube de refugiarme en la Rábida, y allí recibí en adopción clamorosa y espontánea, la acogida más fraternal y generosa; porque todos abriéronme sus fraternales brazos, señalándome aquel santo lugar como un anticipo de

patria, como un pedazo glorioso de mi noble y gran patria española, cuya nacionalidad insigne hoy ostento, como todos vosotros. *(Muy bien, muy bien. Entusiastas aplausos).*

No olvido, señores, mi promesa de brevedad, hecha al principio de este pobre discurso, y me considero obligado a cumplirla, apresurándome a daros a conocer nuestras actuaciones preliminares, esenciales, por mejor decirlo, y la primera de ellas fué hacer nuestra la Doctrina de la Rábida, aprobada por unanimidad, entre grandes aclamaciones y vítores, por la benemérita Sociedad Colombina Onubense, en la solemne asamblea cívica celebrada por la misma en el Palacio de la Diputación Provincial de Huelva la mañana del 14 de octubre de 1922, con motivo de la Fiesta de la Raza, para perpetuar de este modo los ideales que dicha fiesta encarna.

El texto de aquella Doctrina es éste:

I

El ideal ibero-americano es el anhelo de los pueblos de habla castellana y portuguesa, de promover la felicidad y prosperidad de los mismos, dentro de un sistema de solidaridad que respete y proteja sus respectivas soberanías políticas, que ayude a su desenvolvimiento en todos los órdenes mediante el mutuo auxilio a su progreso científico, artístico, literario, industrial y comercial, para perpetuar en la Historia la comunidad de intereses morales y materiales que existió desde el instante mismo de su advenimiento a la vida de la civilización.

II

Los hombres y los pueblos capacitados para defender ese ideal son los que hablan en el mundo los idiomas castellano y portugués, sin limitación de fronteras geográficas, sin que a ello se opongan ni el medio, ni la distancia, ni la diversidad de regímenes políticos que cada uno de esos pueblos haya querido darse.

III

Dentro de tal diversidad de sistemas y de medios, los pueblos y los hombres comprendidos en la finalidad de esta Doctrina propenderán a fomentar los lazos de amistad y fraternidad entre los mismos, asociando a aquéllos mediante Tratados internacionales que los ayuden a desenvolver su cultura y sus riquezas naturales, a fomentar sus industrias, a proteger los derechos de la propiedad intelectual en todos los ramos de la cultura humana, a dar toda clase de garantías y seguridades al genio inventivo de los elementos que integran el gran bloque ibero-americano; todo ello de manera tal que, insensible y progresivamente, sin invadir la jurisdicción de las respectivas soberanías y sin atentar a ellas en forma alguna, resulte, en definitiva, una cuasi Confederación de Estados soberanos que, autonómicamente regidos, asegure la estabilidad de sus instituciones y la de sus gobiernos legalmente constituidos, propenda a la paz en su más amplio concepto, rechace las intromisiones y agresiones extrañas, afiance la solidaridad de intereses raciales, garantice la seguridad más absoluta a las vidas y propiedades de los extranjeros que en dichos países se hallen radicados, y lleve al seno de las demás naciones que los contemplan el crédito y la confianza que han menester para figurar por propio derecho, en el concierto de los pueblos libres y verdaderamente soberanos del orbe.

BASE ADICIONAL Y UNICA

Para llevar a la práctica estos principios, se procederá desde luego a la formación de una vasta Hermandad de hombres inspirados en estos ideales, para proceder sucesiva y progresivamente a la formación de la Hermandad de Pueblos que han de integrar en el mañana la Gran Confederación Racial en el seno fecundísimo de la comunidad de historia, de origen, de costumbres, de tradiciones y de idiomas, para preparar así la cristalización del pensamiento que ha de unir en una sola voluntad en el camino del progreso intelectual, político y económico a los ESTADOS IBERO-AMERICANOS.

(El Ateneo acoge con visibles muestras de aprobación y entusiasmo la lectura de esta Doctrina).

Esto que os acabo de leer, señoras y señores, es, a mi juicio, la síntesis, la esencia más pura del ideal ibero-americano, y he aquí la razón de la favorable acogida que recibe, apenas se la da a conocer.

Nuestra Sección se adhirió desde luego y sin reservas a tan elevados principios, y se comprometió a propagar y defender la Doctrina que los contiene.

Por eso nuestro primer acto substancial, al comparecer ante vosotros, ha de ser no sólo cumplir aquel compromiso con nosotros mismos contraído—especialmente la persona que tiene el honor de dirigirse a vosotros, por la directa y activa colaboración que en el texto y en el espíritu de esta Doctrina puso—sino por una razón de cortesía con los caballeros diplomáticos que nos honran con su presencia, hablarles algo de nuestros propósitos, si hemos de recabar su colaboración efectiva a los nobles empeños que nos inspiran. Para eso estamos aquí; para eso hemos venido y los hemos llamado con tanto fervor.

Y el Ateneo de Madrid es el que va a llevar esa Doctrina por todos los ámbitos del mundo ibero-americano. Así como así, señores, es no poca ventaja el hecho indiscutible de que el Ateneo de Madrid goza de grandes prestigios en América, prestigios muy bien ganados, porque por esta cátedra que nosotros ocupamos esta noche han desfilado los hombres más eminentes de la nación y de los países extranjeros que visitaron esta corte, entre los cuales hay que recordar muchos de la América Hispana y Portuguesa, que dejaron aquí huellas radiantes de erudición y de cultura.

El Ateneo de Madrid está, pues, en condiciones admirables para constituirse en portaestandarte de estas ideas, y él las hará triunfar definitivamente en el seno de aquellas nacionalidades, que aguardan sólo el toque de llamada para confundirse en una sola aspiración y en un mismo pensamiento de solidaridad internacional, desde el punto de vista de los grandes destinos que están reservados a nuestra Raza.

Existe en Washington una Sociedad que se llama Pan-American Society (Sociedad Pan-Americana) que es, si se quiere, una institución de carácter particular, pero que está fuertemente respaldada por su gobierno, y que ejerce indiscutible influencia, influencia a veces decisiva, y para nosotros temible, en las cancillerías ibero-americanas

Es necesario que declaremos que esos avances formidables de tal Sociedad no nos asustan, no nos estorban, porque Ibero-americanismo y Pan-Americanismo son cosas muy diversas, que pueden vivir simultáneamente, y el segundo podría ser sólo una amenaza para el primero, si le abandonáramos el campo.

En mi opinión, la Geografía y los intereses comerciales son el campo de acción indicado para dicha sociedad pan-americana.

El nuestro es el de la espiritualidad, el de la comunidad de historia, de raza, de sangre, de idioma, de tradiciones, de costumbres, de todo lo que hace el alma de la Raza; pero si nosotros abandonamos el terreno que nos corresponde por derecho y por deber, todo el que nosotros vayamos abandonando, será ocupado paulatina y sucesivamente por el sector pan-americano, que atisba todas nuestras ausencias para prevalecer e imponerse, para sustituirnos y para desplazarnos.

Para conjurar estos peligros, la Sección Ibero-americana del Ateneo se pondrá en comunicación y contacto con todas aquellas asociaciones que tengan carácter y tendencias semejantes a los suyos, para que nos secunden y nos ayuden en nuestros propósitos, y va a dejar cumplido este deseo desde esta misma noche, invocando la nobleza de su ideal para rogar a los señores diplomáticos que nos escuchan se hagan eco cerca de aquellos que están ausentes, de esta que debe ser aspiración común de toda una gran familia de pueblos, que quiere recabar su derecho a la vida de intimidad en este hogar, que es de todos, en esta casa solariega del arte, de las ciencias, de las letras, de donde ha de partir la luz que ilumine las conciencias de aquende y allende, para acabar de una vez, para que de una vez acabemos por ver realizado el verdadero ideal de la Raza.

Desde ahora, decimos, solicitamos su ayuda y su consejo, porque nosotros queremos hacer obra positiva, constructiva, obra de acción. Se ha dicho, y no sin algún motivo, que hasta ahora, o hasta hace muy poco, sólo se ha hecho, en punto a ibero-americanismo, obra de artificio y de retórica, de músicas, de versos. Hubo quien dijo, con

gran autoridad, por cierto, que eso se había acabado ya, y yo digo que no, que eso no se ha acabado. Vengan los versos, las músicas y las retóricas; vengan en buen hora, porque esos son cantos al ideal, porque eso es el complemento de aquella otra obra que paralelamente debe y puede realizarse, de aquella otra obra que concreta en fórmulas su esfuerzo, y a tales fórmulas va a reducir esta Sección el suyo, para buscar soluciones a problemas de todo orden que están solicitando una acción metódica y sistemática.

En esta dirección, como no venimos a enseñar, sino precisamente a aprender, vamos a llevar a la práctica un procedimiento de encuesta o de consulta, para proveernos de aquellos elementos de juicio que hemos menester en los empeños que nos animan.

Tal encuesta se descompone en diversas tesis, a saber:

I.—Confederación de Sociedades culturales y de idealidad de Raza.

II.—Mutuo auxilio al progreso científico, artístico, literario, deportivo, industrial, comercial y financiero.

III.—Unidad monetaria.

IV.—Tratados internacionales de propiedad literaria y artística.

V.—Reglamentación de las emigraciones e inmigraciones de los pueblos iberos entre sí, y leyes sobre inmigración de los pueblos extraños al bloque de la Raza.

VI.—Reglamentación general para facilitar la adquisición de patentes de invención.

VII.—Informaciones rápidas y directas de prensa, e intercambio de colaboración.

VIII.—Formas de prestarse mutuo auxilio, cuando éste sea solicitado, y seguridades de que ninguna de las naciones que integran el bloque pueda atentar a la soberanía e instituciones de cualquiera de las demás. Irradiación de los infractores.

IX.—Evitación de las influencias extrañas en el idioma de cada país.

X.—Posibilidades y medios de rechazar las intromisiones y agresiones extrañas.

XI.—Formación de la idealidad ibero-americana por medio de la enseñanza.

XII.—Estado político y económico de los países ibero-americanos. Venimos a aprender, no a enseñar, repetimos, y lo que anhelamos es que nuestro esfuerzo no sea como aquel que se realiza del centro a la periferia, sino de la periferia al centro, es decir, que nuestra acción se vigorizará con la infuencia de mentalidad y de espíritu de raza que nos venga de fuera, y en tal sentido hacemos invitación formal y reiterada a cuantos nos hacen el honor de escucharnos, para que acudan a esta tribuna a exponer sus pensamientos, a rectificar nuestros errores, si por acaso los padecemos, en las sucesivas sesiones que hemos de tener para dar cumplimiento y cima a nuestra obra.

Estas conclusiones, o mejor tesis, que dejamos apuntadas, son como la esencia, derivación o síntesis de la Doctrina de la Rábida, que tuve el gusto y el honor de leeros poco ha.

Modestia aparte, y reconociendo de antemano nuestra ineficacia, los hombres que componen esta Sección no pueden excusar su entusiasmo por la idea feliz que culminó en la creación de este organismo del Ateneo, tan necesario, tan indispensable para la obra cultural que está reservada al mismo más allá de nuestras fronteras.

Tales optimismos nacen, señores, de la seguridad que abrigo en el sentido de que nuestra obra repercutirá sensiblemente en América; y al insistir en la necesidad del apoyo resuelto de nuestros amigos del Nuevo Continente, no puedo dejar en olvido el hecho significativo y quizá providencial, de que ha venido a ser nuestro primer Presidente Honorario, por razón del privilegio que le concedió el orden alfabético, el Representante diplomático de la nación hispano-americana más adelantada y poderosa, la que podría enarbolar gloriosamente esta bandera, y constituirse, con legítimos títulos, en líder del gran pensamiento redentor que nos asocia y nos atrae y nos enlaza con vínculos de indestructible fortaleza.

No habrá una sola de las naciones hermanas que deje de reconocer este hecho y esta verdad, sin que por ello desmerezca nuestra admiración por los demás pueblos que integran el gran bloque de la Raza, y que están ganosos, seguramente, de enarbolar con la República Argentina, la bandera de estos ideales, para pasearla triunfante por todos los ámbitos del mundo, para que llegue el día—que yo, señores, no veo muy lejano—de que esos pueblos sean el exponente indiscutible de la comunidad racial más fuerte y poderosa, de la fraternidad más pura y desinteresada, que es el sentimiento elevado y de mayor grandeza que debe reinar entre todos ellos, para figurar por derecho propio en el concierto de los pueblos libres y verdaderamente soberanos del orbe. He dicho. *(Ruidosos y prolongados aplausos)*.

En la cárcel

El domingo pasado estuve en la cárcel, a celebrar misa. A pesar de mis buenos deseos de hablar, no pude hacerlo. Lo había prometido sin embargo.

Pero, no es por ventura la misa, la única palabra que puede ser dicha en una cárcel, en cualquier parte, mucho más en Centro América.

No se puede hablar sin sustantivos, sin adjetivos y sin verbos. En la cárcel, en esta nuestra cárcel, yo no pude hallar sustantivos, ni adjetivos, ni verbos.

Desde que comencé la misa, me sedujo, es verdad, la palabra de San Agustín: «La justicia de los hombres es la justicia de los injustos».

Poincaré ha querido, el querer es la raíz del obrar, asesinar a un pueblo entero, y anda libre por esas calles, y es primer ministro. ¿Y el Poincaré de Nicaragua? ¿Y el Poincaré de Guatemala? No hay pueblo que no tenga sus *poincarés*. Y todos ellos andan libres por esas calles y todos ellos son ministros.

Por estos infelices. Un Carvajal, un Guevara, un López. Se embriagaron y así embriagados hirieron a alguien. ¿Y por qué se habían embriagado? Dios lo sabe. Este Carvajal, este Guevara y este López, nadie los conoce. No se sabe de dónde vinieron. Ninguno de sus parientes es amigo pero ni de un diputado. Y hasta llego a sospechar que no tengan parientes. No saben escribir, no saben leer, no saben rezar. Y aún sabiendo, si escribiesen, ¿dónde habéis visto que una persona de importancia, un personaje, ande leyendo las cartas de un Carvajal, de un Guevara, y de un López? Ellos están, pues, en nuestra cárcel. Duermen en el suelo. No tienen luz por la noche. ¿Habéis pensado en lo que significa estar de noche sin lámpara? A veces no comen. Y no hallaréis en la cárcel, en esta nuestra cárcel, ni una sola ventana. Y no sigo.

Aquí la misa es la única palabra que puede ser dicha. ¿Cuál otra?

Fué crucificado. ¿Quién? Nuestro Señor Jesucristo, el Unico Justo. Ya veis, pues.

A. H. Pallais, Pbro.

Para El

Muy lejos

Tardecita clara, ¡cómo traes a mi memoria los dulces recuerdos de un ayer lejano! Allá, muy lejos, cerca del mar. Cómo te evoca mi alma, tardecita fresca de un ayer que cayó inexorablemente en el abismo que se llama el Pasado. El cielo limpio; el sol claro. Y aquí adentro, muy adentro, en el rinconcito ideal en donde el alma mora, otro sol claro—como el de aquella tarde—el del recuerdo—iluminándome este día!

* *

Compañerito que te fuiste, ¿qué harás ahora, en este instante en que mi recuerdo te busca a través de la distancia? ¿Qué verán tus ojos? ¿Qué acariciarán tus manos? ¿Qué pena se enroscará a tu alma, Compañerito que el Destino me dió y me arrebató, dejando un gris perenne en mi vida? En este instante, de tu alma a mi alma hay un hilo invisible que ha tegido la araña de mi recuerdo.

Lil.

1920.



Cabeza yacente del poeta chileno MANUEL MAGALLANES MOURE.

Tarjeta de luto

AMIGOS DE MAGALLANES
Casilla 1476
Santiago

Santiago, 14 de febrero de 1924.

Sr. J. García Monge.
San José de Costa Rica.

Mi querido amigo:
Usted habrá sabido la muerte de nuestro grande y querido Magallanes. Ahí le envío la fotografía del poeta en su último lecho.

A Ud. que tanto lo quiso, le mandaré para el *Repertorio* lo mejor que sobre él se haya escrito en estos días y los tristes detalles de su muerte inesperada.

Por suscrición de sus admiradores habrá un monumento de Magallanes a la sombra de los árboles de nuestro Parque Forestal.

Será tallado en piedra viva de nuestro Chile Austral para que, como la obra del poeta, resista el peso de los siglos.

Lo abraza de corazón,

R. MEZA FUENTES.

La correspondencia a los «Amigos de Magallanes», a la misma casilla del poeta.

Manuel Magallanes Moure

I

CON mi escopeta, seguido de un flaco perro forastero, trepo cada vez más altas y empinadas colinas, y cruzo unos tras otros, enmarañados y quietos boscajes, en olorosas y sombrías quebradas.

Sentado bajo los arrayanes, en los blandos helechos que orillan las aguas de una vertiente, contemplo pasar por sobre las copas de los árboles, el lento vuelo de las nubes.

El hálito de las hojas caídas y el de los troncos podridos; las peregrinaciones de las hormigas; las rojas avispas que amasan lodo para sus nidos; las arañas que acechan; los gordos abejones que zumban libando flores desconocidas, me traen una alegría que culmina cuando un bando de torcazas se detiene en un árbol muerto, que eleva por sobre los demás su ramaje mondado y blanquecino como una osamenta. El estridor de las alas al abatirse hace que mi corazón y mi perro tiemblen con el más delicioso calofrío. Mi escopeta se alza sin que nadie la requiera, desde mi escondrijo paseo su cañón, buscando el sitio propicio para que todas las aves juntas caigan.

Una torcaza lanza el primer arrullo y las demás la siguen en ese íntimo musitar. Avanzo la cabeza para distinguirlas mejor, y una invisible seda de araña se prende a la mano que acaricia el gatillo y la retiene tan suavemente como sólo lo haría una leve mano invisible.

¡Comprendo, Manuel! ¡Cae la escopeta y las torcazas me deslumbran con el relámpago tornasol que destellan sus plumajes al huir veloces amparadas por tu bondad y tu recuerdo!

II

He dejado dormir la escopeta y he requerido los pinceles olvidados. Y el mismo paisaje del cazador es ahora más amplio y penetrante, más rico y hermoso, y aquel recio andar de guerra, tórnase en un paso blando y sostenido, grata caricia, midiendo la belleza de la tierra.

Todo es motivo de caza para el pintor. Desde los candelabros de los quiscos y los cardones espinudos; desde las rocas, herméticos cofres, de la soledad olvidados y escritos por los líquenes, hasta las heredades campesinas; los viejos caminos con viandantes y trombas de polvo; el enorme anfiteatro del mar con la gradería de las olas, y sobre ellas las albas túnicas de las espumas que visten y agitan las sirenas al entregar al viento el inmenso coro del júbilo oceánico.

Todo es motivo de caza para el pintor: desde el cielo a la tierra; y todas las cosas vénse reducidas para él a una sola: la luz, la madre luz que los revela, en forma, esencia y color. ¡Oh luz! tú circulas inmaterial, animándolo todo como la sangre del tiempo incontenible.

Manuel, sobre el pequeño cartón va revelándose, ante mi asombro que crece, un paisaje que tú también pintaste.

Te fuiste; ¡oh hermano! y las cosas al permanecer iguales o indiferentes, van adquiriendo en tu ausencia para los que bien te amaron, el terrible gesto de la belleza imperturbable!

III

¡Cómo es extraño comer cuando se está triste!

¡Cómo es doloroso sorprenderse riendo cuando la pena vigila!

Si hay un enfermo, los pasos se hacen leves, las voces se atenúan. Mas, si ronda el recuerdo de un muerto, siempre es grande cualquier escaso ruido, excesivo el más leve movimiento.

A cada instante nos culpamos de ingratitud. Nuestro afecto herido y absorbente sólo quedaría satisfecho si en vez de condolernos, también nosotros entrásemos para siempre en el silencio y la quietud definitivos.

IV

Si estamos muy cerca de los demás, el ruido de las voces ajenas nos perturba; si muy lejos, nos privamos de la música en que ellas, con la distancia, van convirtiéndose.

He dejado todo y he venido a las playas, y escribo en el sitio único donde las olas y los gritos de los niños, la brisa del bosque y el clamor de todas las cosas convergen entrelazados para formar la más armoniosa y total sinfonía.

¡El sitio, Manuel, que tú hubieses elegido para meditar en la belleza de la vida, lo escojo yo ahora para entregarme más profundamente a la tristeza de tu recuerdo!

V

En la baja marea el reflejo de las húmedas arenas copiaba su silueta y tal si se deslizaran suspendidos en el aire en lento vuelo, apareadas en vuelo de amor, contemplaba venir

(Pasa a la página 40).

Las orquídeas

Las orquídeas son plantas epífitas en su gran mayoría: sus raíces abrazan las ramas de los árboles con tal fuerza que se rompen casi siempre al tratar de separarlas del tronco protector; son hijos expósitos agradecidos, cuya delicadeza, fragancia y tintes admirables hermosean el bosque sombrío, perfuman el ambiente y atraen la atención de las gentes más cultas en todos los pueblos. Esas raíces son en general de color claro, lustroso, cubiertas de un tejido absorbente de células en espiral; al extremo toman el tinte verde y están protegidas por epidermis dura que les permite entrar en las grietas de las rocas y adherirse a la corteza rugosa de los árboles, alimentándose en ambos casos del aire y de la lluvia. En algunas especies de tallo trepador, sus raíces salen opuestas a las hojas alternas, largas, delgadas, de color blanco, verdaderas raíces adventicias, de treinta centímetros de longitud, que buscan un sostén para ascender hacia donde la luz y el aire son cada vez más diáfanos y puros.



GUARIA DE TURRIALBA
(Cattleya dowiana)

Pocas plantas presentan como las orquídeas una variedad tan grande de tallos, cortos, largos, rastreros, delgados a veces, con rizomas carnosos y seudobulbos suculentos, reservas alimenticias que la planta acumula durante la estación lluviosa para la época de la florescencia y formación de semillas, ejemplo precioso de economía vegetal, que les permite vivir durante largas semanas y florecer en las mayores estrecheces de luz y de calor.

Las hojas presentan nervaduras longitudinales, forma ovalada, borde liso, cortas o largas, enjutas en unas y tan carnosas en otras que llegan a tener apariencia de cilindros; el color verde se torna amarillento, renegrido, morado, con manchas de sepia, según la especie, y tanta variedad de matices como diversos son sus tallos y sus flores; viven mientras están acumulando reservas, después se marchitan y mueren, dejando en los nuevos brotes la potencia vital que ha de mantener el desarrollo de la planta.

Sus flores presentan tal variedad de tamaños, formas, matices y perfumes que han llegado a cautivar las aristocracias del talento y el dinero, al extremo de que a la Reina de Inglaterra se le dedicara un libro de orquídeas como símbolo de la belleza, hermosura y sentimientos delicados. Hay tales manifestaciones de potencia vital en las orquídeas que producen ramos de flores machos, hembras y hermafroditas en una misma planta, totalmente diversos, como si no pertenecieran siquiera al mismo género.

El cáliz se compone de tres sépalos, y la corola de dos pétalos iguales y un labelo, siempre diferente a unos y otros, en tamaño y coloración, llegando a semejar en algunas especies las águilas de oro fabricadas por los antiguos indios, prueba de la admiración que estas plantas les causaron.

El polen es llevado de una a otra flor por los insectos o por el viento, produciéndose la constante mutación de células indispensable al sostenimiento de la vida orgánica.

Las flores de las orquídeas varían en tamaño desde dos milímetros de abertura, blancas, diminutas, estrelladas, hasta ramos de inflorescencias amarillas que alcanzan ochenta centímetros de longitud y que han merecido por su apariencia de hermosa cabellera el apropiado título de «lluvias de oro», pertenecientes al numeroso género de los *Oncidium*.

La hermosa guaria de Turrialba *(Cattleya dowiana)* da tres a seis flores abiertas en cada ramo, de sépalos y pétalos color amarillo pálido, anchos, sedosos, delicados, fragantes por la noche, cual si guardasen entre perfumes el sueño del labelo, tendido como un manto de púrpura aterciopelado, que ostenta preciosas guarniciones de oro.

Las flores de esta reina de nuestras orquídeas se levantan sobre un seudobulbo de 20 a 30 centímetros de largo, fusiforme, ligeramente comprimido, delgado y resistente en su base, y terminado en el ápice por una hoja sola, gruesa y coríacea, de 25 centímetros de largo, por 9 de ancho, semejando un trono de verdura levantado por la Naturaleza para lucir esas encantadoras obras de arte.

Menos vistosa, pero más abundante es la guaria morada *(Cattleya skinneri)*, de seudobulbos igualmente largos, delgados en su base, que se engruesan al llegar al nacimiento de dos hojas pareadas, en cuya axila nace el ramo de flores, hacia el mes de marzo. Tanto las hojas como las flores son menos grandes que en la especie precedente; pero su abundancia es tal, que la mayor parte de los jardines y casas de campo en la meseta central, presentan el gracioso atractivo de estas plantas colocadas al aire libre, sobre troncos vivos de poró. Y lo que es más simpático aún, es ver a nuestras jóvenes campesinas luciendo ramos de guarias en el pecho, como pudieran hacerlo las damas más encopetadas de la nobleza británica.

En su estado nativo puede verse esta planta sobre las márgenes de los ríos, en el valle central del país, donde se han conservado restos del antiguo bosque, que las autoridades debieran proteger, aplicando las leyes vigentes, para mantener el caudal de aguas que alimenta las cañerías de las poblacio-



GUARIA MORAD
(Cattleya skinneri

nes y nos da luz eléctrica, calor para las cocinas y fuerza para los tranvías y pequeños talleres. Hay que tener en cuenta siempre que la hulla blanca es una de las riquezas nacionales que debemos conservar como un tesoro inagotable, vedado para muchos pueblos de cultura superior.

Debido a la influencia de jardineros y botánicos, se conoce con el nombre vulgar de tricopilea la *Trichopilea suavis*, de ancho bulbo, hoja grande, inflorescencia colgante o lateral, con tres y cuatro flores en cada ramo, sépalos y pétalos de un blanco ligeramente encarnado, con el limbo grande, de bordes crespos, color de rosa, ondulados, y el labelo salpicado de castaño rojizo; es sumamente fragante y florece en la vertiente del Atlántico hacia el final de la estación seca, como si las reservas acumuladas en la estación lluviosa fueran especialmente hechas para los rigores del estío.

Pocas plantas responden como las orquídeas al tratamiento cuidadoso: con aire, agua y luz tienen bastante para vivir y florecer, siempre que se tenga un conocimiento exacto del sitio donde cada especie prospera en su estado nativo.

Atadas con alambre a un tronco de poró, de metro y medio de altura, se tiene la ventaja de que ambas plantas crecen al aire libre, sin mayores atenciones, dándonos sus ramos de flores año tras año.



...RIA MORADA
...tleya skinneri)

Cuando se quieren tener en los corredores de las casas, deben instalarse en canastas de madera, colocando adentro carbón vegetal, palos medio podridos, aserrín y musgo, para que las raíces tengan donde agarrarse fácilmente, sobre una esponja artificial saturada de humedad. Este sistema requiere un riego frecuente, porque las plantas quedan privadas de la lluvia y su estado de suspensión seca las canastas en corto tiempo.

En los invernaderos se acostumbra colocar las orquídeas en lebrillos de arcilla cocida, porosos, con varios agujeros en el fondo y un drenaje perfecto de trozos de madera y musgo, para que retengan la humedad en las raíces y no se formen depósitos de agua perjudiciales a las plantas.

Trozos de madera o helechos arborescentes sirven muy bien de soportes, con la ventaja de que pueden dejarse a la intemperie durante la estación lluviosa y meterlos en las habitaciones cuando están florecidas las plantas, llenando así de manera eficaz su objeto decorativo.

Pocas son las plantas de este orden que permiten colocarse en macetas con tierra, como se acostumbra hacerlo con las begonias. Algunas soportan los rayos del sol, como la guaria morada, y otras prefieren la sombra, como la tricopilea; por lo cual deben conocerse bien las condiciones del ambiente propicio a cada especie, si se quiere tener éxito en el cultivo de estas joyas preciosas del mundo vegetal.

Todo el afán que se ponga en el cultivo de estas plantas estará bien recompensado, cuando se contemplan las raicesitas verdes salir a tientas buscando su apoyo sobre el musgo, abrazar con amor las reglas de la canastilla, echar por las rendijas nuevos brotes, hojas y flores perfumadas, que llenan el alma de satisfacción, para quien ha plantado las matas con la propia mano. La idea del cautivo desaparece, sustituida por la del huérfano a quien se tiende la mano con cariño y protección.

Colocada Costa Rica en la garganta del Continente Americano su flora es numerosa y variada, de acuerdo con la diversidad de alturas sobre el nivel del mar, sus costas en ambos oceános y dos vertientes opuestas en lo que se refiere a la humedad del aire; así tenemos en el país más de la quinta parte de las orquídeas del mundo, o sea al rededor de mil especies; la gran mayoría de apariencia modesta, pero otras son de tamaño notable, matices delicados, fragantes y bellas, verdaderos encantos de la flora nacional.

La conservación de estas plantas se verifica por el nacimiento de un rizoma nuevo al pie de cada seudobulbo después de la florescencia; más tarde, las flores se transforman en cápsulas oblongas, estriadas longitudinalmente, las cuales se abren en cuanto están secas, dejando escapar centenares de semillas pequeñitas que el viento se encarga de esparcir sobre la corteza húmeda de los árboles.



Trichopilea suavis

Imaginaos un bulbito de medio centímetro, con dos hojitas casi el doble en tamaño, saliendo de su base y una tercera terminal, y tendréis una orquídea completa agarrándose con tenacidad a la rama del árbol protector; luego un ramo de tres flores graciosas, que exigen el auxilio de una lente para contemplar sus preciosos detalles, y al cabo de algunas semanas tres cápsulas de semillas, todo lo cual entrará, sin deformarse, en una caja de fósforos. Esos son los deleites gratuitos que proporciona la Naturaleza y que hacen amables todos los instantes de la vida.

El estudio científico de las plantas se hace por los botánicos sobre ejemplares secos, que han perdido su coloración natural y los atractivos de la vida, fuera del ambiente de su bosque nativo o bajo el techo de los invernaderos, donde la luz, el calor y la humedad del aire son artificiales. ¡Cuán diferentes aparecen las orquídeas en la montaña vírgen, con sus hojas verdes y ramos de colores variados, cuyos matices cambian a los rayos del sol!

Bajo cultivo, al aire libre, son estas plantas objeto de gusto delicado y material de estudio inapreciable para la ciencia y el arte.

ANASTASIO ALFARO

Envío...

(Viene de la página 36).

ferencias de conducta en el trato con nuestros respectivos pueblos.

Al señor Balbás hice notar también cómo en el círculo de *Caballeros de la raza* al lado de él y de otras meritísimas personalidades como la de doña Julieta Puente de Mc Grigor y las de Julio y Manuel F. Cestero, había abundante concurso de *políticos* hispano-americanos de segundo y tercer orden, a algunos de los cuales había yo conocido desempeñando degradantes oficios, muchos de ellos como instrumentos de esas pavorosas tiranías que son la deshonra y el verdadero peligro del Continente.

Fué allí, por cierto, donde medité y escribí para ellos mi poema aquel que se llama *El Deber de América*, cuyas apreciaciones sobre las dolencias de *nuestra raza* vino a confirmar aquí el verbo clarividente y juvenil de Eugenio Noel.

Todo esto, amigo García Monge, para expresar a Ud.—a guisa de ligero comentario para las galanas piezas del señor Balbás Capó, que le ruego insertar en su incomparable REPERTORIO—, que a mi juicio la *Doctrina de la Rábida*, que ha hecho suya la Sección Ibero americana del Ateneo de Madrid, no se opone ni debe oponerse en forma alguna a un amplio y sincero *pan-americanismo* dentro del cual pueden y deben ser libres y prósperos los pueblos de nuestro continente.

El generoso y bello ideal de la unión de los *Estados ibero-americanos* tiene su más eficaz y peligroso adversario en el propio sentimentalismo que lo genera.

¿Acaso a predicarlo envían hoy de su patria a nuestra turbulenta América a ese grande Unamuno, que es viva fuente en que se remoza el alma ibera?

Con gracias anticipadas y muy cordiales por la atención que dispense a estos papeles, soy de Ud. muy atento estimador y amigo,

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN.

Madrid, 20 de febrero de 1924.

Señor Don José María Zeledón

San José, Costa Rica

Mi distinguido amigo:

No sé si tendrá Ud. memoria de mí. Por si no la guarda, voy a ver si logro refrescársela.

¿Se acuerda Ud. de un Quijote *gordo*, que en el Hotel Ansonia, de New York, presidía aquellas sesiones memorables de un grupo ibero-americano que se reunía para rendir culto al ideal de la Raza?

Yo no me olvido de Ud., y le he tenido siempre como uno de los paladines de la misma, y hoy que se me presenta la oportunidad, voy a recabar su valiosa colaboración a la obra que inaugura la Sección Ibero-americana del Ateneo de Madrid, que modesta e inmerecidamente presido.

A tales efectos, le incluyo copia taquigráfica del discurso que pronuncié en dicho centro de cultura, con ocasión de inaugurarse el curso de dicha Sección, acto que revistió gran solemnidad, según podrá Ud. ver con sólo la lectura del mismo.

Aunque el Ateneo ha sido clausurado por orden gubernativa, creo fundadamente que esta situación durará poco, pues es imposible mantener a un país como éste, sin un organismo de esa naturaleza, foco y centro de la cultura nacional; y, en tal esperanza, acaso para la fecha en que se realice la reapertura, podremos tener aquí los efectos de la encuesta que se inserta en el discurso y que es como la síntesis de la *Doctrina de la Rábida*, que esta Sección ha hecho suya.

Fundado en la identificación de ideales que existe entre Ud. y yo, como pudo demostrarse con nuestras comunes actuaciones de New York, espero que esta demanda que formulo hallará, por su intermedio, eco en ese país, parte de un conjunto de pueblos, acaso los más interesados en los problemas que en la citada Doctrina y en la encuesta se plantean.

Anticipando a Ud. gracias por el interés que se tome en este asunto, haciendo publicar el discurso, si cree que lo merece y comentándolo después, aprovecho esta ocasión para suscribirme una vez más su devoto amigo y admirador, Q. B. S. M.,

VICENTE BALBÁS CAPÓ

Dirección Postal:
Vicente Balbás Capó.—
Calle de Gravina 19. Segundo derecha.
MADRID.

Bolívar e Iturbe

DESPUÉS de combatir en Francia por la causa del derecho, de la justicia y de la libertad en el mundo, hasta dejar inscrito su nombre en los Anales de la Revolución, y hoy en las tablas de gloria del Arco de Triunfo de Napoleón, Miranda se acordó de su patria y voló allí a prestar el contingente de su espada y experiencia a los inexpertos republicanos sus compatriotas.

Generalísimo de sus tropas, fué envuelto en una serie de desgracias, hasta la capitulación que concluyó con Monteverde, en San Mateo, el 25 de julio de 1812, y que, como todas las ajustadas por los españoles, fué inicua y cruelmente violada apenas se entregaron los patriotas.

Luego de firmar la capitulación, se retiró a la Guaira, donde tenía lista una corbeta inglesa para embarcarse. Llegó a las 7 de la noche del 30 de julio de 1812 solicitando hospitalidad en la casa del Comandante del puerto, Coronel Manuel María Casas, quien con el Gobernador político, el tristemente célebre Miguel Peña, lo entregaron a los españoles por medio del Coronel Simón Bolívar, Montilla y Chatillon, quienes se encargaron de prenderlo. Miranda, sin protestar, se dejó conducir a la prisión.

Bolívar nunca, ni en los últimos días de su vida, se arrepintió de haber prendido al Precursor, y, antes bien, se lamentaba de no haberlo fusilado por habérselo impedido otros, y siempre consideró su acción como un deber patriótico. Argüía que si Miranda creyó que los españoles observarían el tratado, debió quedarse para hacerlos cumplir su palabra, y, si no, era un traidor por haber sacrificado su ejército.

De la Guaira, sin fórmula de juicio, fué enviado Miranda al castillo de Puerto Cabello, de allí a Puerto Rico, y, por último, a Cádiz, donde como reo de Estado se le encerró en la Carraca. Allí, solitario, y en completo abandono, murió el 19 de julio de 1816, después de cuatro años de martirio. En su persona el gobierno español violó con descaro y sevicia la capitulación de San Mateo que él mismo había declarado en su orden de 30 de enero de 1813 que debía cumplirse fiel y religiosamente. Nunca se reprochó a Monteverde su crueldad y perfidia, y, cuando en las Cortes Generales de Cádiz se trató del asunto, y los diputados americanos defendieron la causa de sus compatriotas oprimidos, sus protestas y reclamos no conmovieron a nadie.

* *

Fué Miranda el primero que enarboló el tricolor colombiano en las costas de América; amigo de Catalina II, que no creía en nada, y de Bentham, que sólo creía en la utilidad apreciada de tejas para abajo, despidió, a la hora de la muerte, al fraile dominico que le ofrecía los auxilios de la religión, con

estas desabridas palabras: «Déjeme usted morir en paz».

Libre pensador en religión, era también Miranda francés hasta la médula de los huesos y apasionado hasta tal punto por la Revolución, a la cual había servido con su espada, que llegó hasta disculpar las matanzas de setiembre en París, y felicitó a aquellos de sus amigos de América que se llamaban jacobinos, declarando, además, que habría preferido la desvastación de la mitad del mundo al fracaso de la Revolución francesa.

Como Jeffersson, el ilustre Secretario de Estado de Washington, y más tarde dos veces Presidente de los Estados Unidos, y gran liberal, Miranda pensaba que una revolución es buena siempre y nunca debe escatimarse; que nada significan unos cuantos millares de vidas humanas perdidos en uno o dos siglos, puesto que lo que más abunda en el mundo es gente; que la humanidad es una selva muy frondosa para resentirse con la poda benéfica de sus ramas inútiles o marchitas; que el árbol de la libertad debe refrescarse de cuando en cuando con sangre de tiranos y patriotas, que es su natural abono.

Y de mil amores hubiera acogido estas palabras de Tomás Carlyle, escritas en *Los Héroes*, su obra maestra: «Cueste los sacrificios que cueste, reinados del Terror, horrores de revoluciones como la francesa, cuanto de cruel y de horrible pueda imaginarse, forzosa y necesariamente debemos volver por los fueros de la razón y de la verdad. Paso a la Verdad, que se nos presenta revestida con todos los horrores y el fuego del infierno, puesto que así la queremos y así es ella».

Miranda y Nariño fueron los precursores de la independencia, cruelmente perseguidos por la Fatalidad. Por sus talentos, convicción y energías hubieran podido ser los libertadores de Colombia, si uno más joven que ellos no hubiera nacido con esa predestinación. Su misión fué la triste de todos los precursores: allanar el camino a otro que habrá de llegar, y morir en el martirio y el olvido antes de ver florecer y fructificar el árbol milenario que sembraron. Como el poeta alemán que hizo su nido en la peluca de Voltaire, ellos también pudieron exclamar al morir: «Colocad sobre mi tumba una espada, porque fuí un bravo soldado en la guerra por la libertad del hombre».

* *

Por aquellos días de 1812 era Bolívar Comandante de la Plaza y Castillo de Puerto Cabello. Después de haberse batido heroicamente, hubo de abandonar aquel sitio por la traición de los presos del castillo de San Felipe, a quienes se había indultado generosamente la vida, y que aliados al Oficial Francisco Fernández Vinoni, que mandaba la guardia aquel día, enarbolaron el pabellón español el 30 de junio, a las tres de la tarde.

Llegado Bolívar a Caracas encontró la ciudad en poder de Monteverde, quien, a pesar de la capitulación, estaba dedicado a llenar las cárceles de patriotas. Bolívar fué encarcelado e

Tarjeta de Año Nuevo

Nos llega una, atenta y fina, de Blanco-Fombona. Tantas gracias, buen amigo.

Trae estampado en el reverso a Bolívar, según el grabado de Kepper, y al pie, la leyenda que luego se verá.



SIMÓN BOLÍVAR

Libérateur de l'Amérique du Sud.
Naqui á Caracas le 24 juillet 1783 et mourut
á Sainte-Marthe
(Colombie), le 17 décembre 1830.

iba a ser remitido a España para morir como Miranda en la Carraca, cuando, al saberlo, don Francisco de Iturbe, aquel honrado español que estuvo presente en su bautizo, vuela donde Monteverde, y, demos la palabra al mismo Bolívar para que nos narre el bello episodio:

«Yo fuí presentado a Monteverde, dice, por un hombre tan generoso como yo era desgraciado. Con este discurso me presentó Iturbe al vencedor: «Aquí está el Comandante de Puerto Cabello por quien he ofrecido mi garantía; si a él toca alguna pena, yo la sufro, mi vida está por la suya. (1) Y el propio Iturbe continúa: «Monteverde contestó al discurso citado: «Se concede pasaporte al señor (mirando a Bolívar) en recompensa del servicio que ha hecho al rey con la prisión de Miranda». Hasta entonces Bolívar había estado callado, mas al oír estas palabras, que dirigía Monteverde al Secretario Muro, repuso en el acto que había apresado a Miranda para castigar un traidor a su patria, no para servir al rey. Tal respuesta descompuso a Monteverde, pero Iturbe intervino, terminando por decir jocosamente a su amigo Muro: «Vamos, no haga usted caso de este calavera; déle usted el pasaporte, y que se vaya». (2)

Al día siguiente, 27 de agosto, estaba Bolívar en la cubierta del bergantín inglés *Good Hope*, surto en la Guaira, Iturbe lo abrazaba, mientras el capitán se disponía a partir.

—Adiós, don Francisco, le dijo Bolívar, dándole un estrechísimo abrazo. Adiós, usted me ha salvado la vida, y, con ella la independencia de América. Gracias en mi nombre y en el de la Patria!

—¿Qué, todavía piensas en esas locuras? ¿No ves que la causa de los insurgentes está perdida?

— Sólo las almas débiles se abaten al primer revés, don Francisco de Iturbe; el valor y la constancia corrigen la mala fortuna. Antes de diez años el pabellón español habrá dejado de flotar sobre aquella almena (señalando la bandera de Castilla).

Iturbe se retiró. Una hora después el *Good Hope* desplegaba sus blancas velas, hinchadas por el viento, y suavemente se deslizaba sobre las ondas azules....

Don Francisco de Iturbe, cruzado de brazos, desde la playa veía alejarse el bergantín. Todavía al caer la tarde lo vieron allí meditabundo; pero cuando las sombras de la noche borraron el punto blanco del horizonte, el español se retiró murmurando:

«La profecía del Canónigo se cumplirá... Juan Félix era un santo»....

Con lo cual se refería al pronóstico de don Juan Félix Jerez y Aristeguieta, Canónigo doctoral de la Iglesia metropolitana de Caracas, primo de doña Concepción Palacios y Blanco, madre del Libertador, cuando éste vino al mundo, y que el mismo Iturbe oyó ese día de labios del Canónigo:

«Este niño será, andando los tiempos, el Simón Macabeo de la América».

* *

(1) Carta de Iturbe a Larrazabal, *Vida de Bolívar*, Nueva York, 1883. Obsérvese que Mitre ha narrado este episodio con evidente mala fe, en su *Historia de San Martín*. Tomo III, p. 263.

(2) Oficio al Congreso de Cúcuta, de agosto de 1821. Véase también la carta de Bolívar a Iturbe, suscrita en Curazao el 19 de setiembre de 1821, pocos días después de llegar salvo la isla. *O'Leary*. XXIV.

Bolívar, puesto que era noble, era agradecido; con su generosidad habitual fué munificiente con su benefactor, y siempre, en todas las circunstancias, recordó lo que debía al español.

Al General Páez le escribe desde Caracas el 3 de julio de 1827: «Mi querido General. Usted sabe cuántas son las consideraciones de amistad que debo a Iturbe, y, estando ya al partir, no puedo menos de recomendarlo a usted como a mí mismo. Véalo usted siempre como una persona que tiene mil derechos sobre su afectísimo de corazón, Bolívar.»

Y a Cristóbal de Mendoza, en la misma fecha: «Estando ya al partir no puedo dejar de recomendar a la bondad y consideración de usted a mi amigo Iturbe. Véalo usted siempre como una persona muy estimable. El mejor servicio que recibirá Iturbe será el que no se le niegue su pasaporte cuando se quiera ausentar».

Así pagaba Bolívar, al despedirse de su tierra natal, para nunca más volver, el beneficio que había recibido de tan hidalgo amigo en calamitosos días de su vida. La ingratitud, partija de villanos, no podía manchar el gran corazón de Bolívar.

CORNELIO HISPANO

(El Tiempo, Bogotá).

Manuel Magallanes Moure...

(Viene de la página 39).

hacia mí, como gigantes y negras libélulas de muerte, la figura de aquel desconocido y de su sombra.

¡Dí un grito al creer reconocerte! Trémulo me incorporé y el desconocido al ver que me descubría, alzó turbado su sombrero.

¡Nó, no eras tú, Manuel; pero en su sombra venías; hundido en la tierra como te encuentras, avanzabas por entre las arenas olvidadas y deshechas por aquel misterioso resplandor!

VI

La tarde inmensa tiene una dulzura que tú conociste.

El mar duerme y cabrillea lánguido en un tornasol de un verde lila resplandeciente. Oleo de mansedumbre ciñe las aguas, redondeando el incontenible vaivén. Las olas avanzan lentas y solemnes. Espumas de infinito afloran y se alzan en dádivas que nadie recibe y pronto caen con el desmayo de las tristezas inconfesadas.

El cielo se ahonda, y el sol enrojecido, al incendiarlas, agota en las nubes todas las formas posibles del mundo.

Contra el fulgor del ocaso las blancas gaviotas vense negras como cuervos en vuelo; y los mariscadores que regresan, parecen cortejo de negros enlutados.

Cuando el sol se hunde, el mar queda en un desamparo definitivo.

El marasmo de las aguas comienza a entrar en agonía. ¡Tanta desolación se vuelca sobre el mar que tú amaste, que ahora él parece prolongarse hasta las mismas riberas de la muerte y besar sin ruido sus negras y remotas orillas!

VII

La luz de un faro lejano se enciende, y la luz de la estrella vespertina comienza a titilar con la misma pulsación de congoja que oprime a mi corazón.

Tendido en la arena, penetrándome el hielo de las sombras, esperaré en las playas hasta que todas las estrellas se enciendan.

Y acaso en la muerte como en las sombras que me rodean y crecen, también comiencen a revelarse para ti, millones de luces desconocidas.

VIII

Es media noche; todos los míos duermen; sólo yo y el mar velamos.

Todos los tuyos viven, Manuel; sólo tú y el misterio formáis en torno de nosotros un ruido más vago y más profundo que el que hace el mar en las negras noches interminables.

PEDRO PRADO.

TEMPRANO acudió al conjuro de la sombra, el que, hace algunos años, había exclamado en su alada lengua lírica:

Si antes amé la sombra,
hoy la luz me hace falta....

Dicen que murió serena y blandamente, como si sólo entrara en el sueño. Aún más: fué registrando cómo avanzaba poco a poco en su cuerpo la suprema rigidez, cómo le huía la tierra basta y grosera en que amó y sufrió. Y hoy es ya sólo un recuerdo. Pero tiene la viva fijeza, la honda persistencia del recuerdo fuente, del manadero inagotable de enseñanza, de admiración, de entusiasmo por el arte esquivo que él supo dominar con pulso firme.

Fué el poeta de las esperas anhelantes en *l'heure exquise* verleniana, de la

En Panamá...

Para ALFONSO REYES

Extensión inmensa y azul.
¡Oh! tristeza de la tarde sobre el silencio amarillo del mar.
La cintura de América hizo sonreir al Español.
Los secretos del paisaje:
mulas con orejas enhiestas de música;
la cruz que mira el horizonte;
el Español ora—Isabel la Católica y América son motivos
líricos para su barbarie;
la sangre, el calor, la fiebre amarilla;
los monos parodian en la cumbre de los cocoteros
la visión de los hombres nuevos...
El Indio esconde la servidumbre de la raza en los senos de
la hembra.
Nada más simple:
en tanto las carabelas de Magallanes van hacia España,
arrollando el mundo.
Europa, América, las Islas Filipinas, Europa.
Cuatro puntos nuevos:
trazad la geografía.
¡Oh!, disculpad, Vasco Gama de Balboa:
el paisaje ha cambiado!
Llevo en la sangre algo de indio y algo de español.
Un hombre rubio me habla en inglés:
la geometría del Canal, este hombre rubio, mi lirismo
son presagios de desgracia.
Francis Dracke, las piraterías las iremos a hacer en la luna.
¡Oh!, disculpad, Vasco Gama de Balboa:
el paisaje ha cambiado...

París, 1924.

LEÓN PACHECO

dulce angustia de las reconciliaciones, de esa remembranza ruborosa de las primeras citas, del amor extático y encendido. ¿Quién no conoce su *Apaisement?*

Como dos niños que jamás supieron
de los ardores del amor,
en la paz de la tarde nos miramos
con novedad de corazón.

El que trasparentan estos versos musicales es un dulce, un puro sentimiento de amor. No lo creáis, sin embargo, en exceso apegado a la blanda renuncia de la carne, a la imposible extinción del deseo. Es sólo la tregua:

me sabes tuyo; te recuerdo mía;

es el descanso tras la batalla de amor que nunca ha terminado donde se creyó. Pero, ¿cuándo el hombre se ha detenido ante algo? Su destino es perseguir lo lejano, lo distante y lo ignoto, violar el misterio y vencer la última esfinge.

Son del color del agua tus pupilas,
del color del agua del mar.
Desnudas en ellas se sumerge mi alma
con sed de amor y eternidad.

Siempre será vencido, es cierto, pero persiste y se obstina. El poeta, en otros versos, ha evocado también la tímida resistencia del alma amante ante el objeto de su amor. Pero bien sabemos todos cómo es inútil esa misteriosa e inexplicable resistencia. El sentimiento lo traspasa y exalta todo; en todo penetra, y a todo imprime su sello angustioso y libertador.

* *

¿Quién ha dicho que ya en nuestros días no se da el hombre del Renacimiento, sabio y sentimental, pensador y artista, amante desinteresado de la vida, enamorado acaso del espectáculo del mundo, y sereno según todas las apariencias? Magallanes lo fué. Cuando se le rememore, será el poeta—un poeta purísimo, en el que la forma tiene rasgos que denuncian la batalla, ardua a veces, entre el arte y lo espontáneo—el que primero acuda. Pero no será posible olvidar al pintor, al novelista, al dramaturgo. Y si hubiésemos vivido días heroicos, ¿no habría el poeta formado en ejércitos como ese Garcilaso de alma columbina, en cuyos versos no pudo persistir el resonar enconado de las armaduras?

Este poeta ha muerto cuando más falta tal vez hacía su voz cordial y prestigiosa. Hace algunos años estrechamos un instante su mano fuerte y tostada, como su cara, por los soles libres de nuestra tierra. Oímos entonces—para yo no olvidarla—su palabra dulce, semivelada por algo oculto que, sin embargo, formaba como un aura en torno a su sencilla silueta siempre enlutada. Oyéndole se recibía la caricia melancólica del dolor, de *su* dolor. Era algo impalpable, más fluido y blando que cualquier cosa de la tierra. Su dolor era la resignación, el renunciamiento definitivo que a otros arroja en el sombrío regazo monacal. El, en cambio, había quedado guardando esa vida joven que hoy le llora, sin duda, la misma por quien escribió:

Y llegarás con santo desprecio a comprender
que la vida se da por placer... por placer...

De él lo esperábamos todo. Tanto lo admirábamos, de tanto lo creíamos capaz, que su palabra no podía ser ya una sorpresa para nosotros, aún cuando se revistiera de las mas insospechadas y extraordinarias apariencias.

Porque si miráis con cuidado amoroso en la obra de este artista como pocos grande, encontraréis aspectos innumerables y fluctuantes como las estrías del agua que corre, desordenada por libre, entre las piedras de los campos. El caudal es uno y se precipita hacia adelante, recto dominador de toda valla. Pero en él los dedos del azar dibujan una trama maravillosa, un tejido que ningún telar humano podrá copiar jamás. Son propósitos que se esbozan sólo un instante y mueren, intenciones secundarias vencidas en la lucha fraterna, minúsculos derroteros hacia el mundo que se abren y se cierran en una renovada y turbulenta indecisión. De las mil facetas de esta multiplicidad el sol arranca un pleateado chisperío que de lejos también parece único. Pero el ojo experto descubre lo que hay detrás de los aspectos cegadores, el cabrilleo, la sucesión rapidísima de los innúmeros trazos de luz...

* *

Acongojado, nuestro espíritu no pudo, sin embargo, resistirse a dedicar una línea de homenaje al poeta que tan ampliamente abrevó su horas. Los que le hemos leído, ¿cómo pagaremos la deuda que con él tenemos contraída? ¿Y para angustiarnos más, he aquí que él se va, se hunde en la sombra, se pierde sin ruido en la perspectiva de todas las angustias. Y entonces nos aferramos enloquecidos a lo único que de él nos queda: su recuerdo, y elevándolo en nuestros brazos jóvenes, no queremos ni sabremos dejarlo morir.

RAÚL SILVA CASTRO.

(*Mercurio*, Santiago de Chile).

La expulsión de don Miguel de Unamuno

EL Directorio acaba de expulsar de España al catedrático de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno. Más que una expulsión, es la de Unamuno una deportación a las islas Canarias, provincia insular de España, lo cual quiere decir que lo privan de Salamanca, pero no de seguir pisando el suelo de su patria. Si él fuera un «hacedor de la vuelta al mundo» como don Vicente Blasco Ibáñez, o un andariego como Zamacois, le sería indiferente estar en Salamanca, en Canarias o la Cochinchina; pero lo cierto es que él, a lo que parece, nunca ha salido de España, y que todo el gran viajar de su vida se ha reducido a visitar de cuando en cuando la villa y corte y a recorrer algunos pueblos de España. El no ha venido a América a dar conferencias, ni ha pasado los Pirineos, para ir a París, a sentarse a un diván literario de moda, o a la mesa de algún maestro ilustre. Doña Emilia Pardo Bazán se sentó un día al diván de los Goncourt, Pompeyo Gener se jactaba de haber sido un comensal asiduo de Renán; diz que don Vicente Blasco Ibáñez, cuando está en París, es un *habitué* a la mesa de Anatole France. Don Miguel de Unamuno, no. Este hombre ha sido un sedentario. Ha pasado toda su vida en Salamanca, dando sus clases, haciendo paradojas y fabricando «pajaritas de papel», cuando no versos, en los ratos libres. Acaso él, a pesar de todo, tenga en el fondo hacia su patria, aquel sentimiento de romántica ternura que hizo irrumpir a Castelar: «Ninguna tierra, ningún aire y ninguna luz son como la tierra, el aire y la luz de España».

Sí, en las Canarias puede perfectamente don Miguel de Unamuno hacerse la ilusión de que está en España, y de que pisa la tierra, respira el aire y se anegan sus pupilas en la luz de España. No es el suyo a la verdad, un verdadero exilio, uno de esos exilios en tierra extranjera que tanto han contribuido a la gloria y al triunfo final de los exilados. Hubiera sido mejor para él,—para su aureola de pensador rebelde y de escritor independiente,—que Primo de Rivera, en vez de mandarlo a Canarias, lo hubiese obligado a tomar un «galeón» para las Américas, o a pasar «los montes», y andar errante y pobre una década o un lustro por las capitales de Occidente. Y a fe mía que él necesita esos viajes; los necesita para desespañolizarse un poco; para dar a su mente

un tono más cosmopolita, y quitar a su estilo inelegante esa aspereza vasca que le es característica. Los viajes, el contacto con otras humanidades, el influjo vivo de otras culturas, beneficiarían grandemente su obra, haciéndola más rica de matices, más amplia y flexible, más humana y generosa. ¿Qué está viejo y que, por lo mismo, ya no puede cambiar? ¡Error! Don Miguel de Unamuno, sabedlo, ha sabido conservar una juventud de espíritu admirable. Suyos son, por lo tanto, estos bellos atributos de la juventud: la plasticidad y la inquietud.

Pero el jefe del Directorio dispuso mandarlo a Canarias. Acaso quiso ser benigno con él. Ceuta o el extranjero habrían sido muy duros castigos... ¿Castigos de qué? De sus delitos, está claro, consistentes en atacar a las personas del Rey y de «su Mussolini», don Primo de Rivera. Pasaron ya los tiempos en que podían hacerse esos ataques impunemente. Hoy, un retorno ofensivo del siglo XIV, nos hace saber que las personas de los nuevos césares—los Primeros Ministros—deben ser tan sagradas e inviolables para la pluma de los escritores como para la bala de los anarquistas.

¡La inquietud espiritual de don Miguel de Unamuno! A esa inquietud debe el escritor una reciente condena a muerte y su actual deportación... Don Miguel de Unamuno, no se contentó con divertirse en ese mundo inofensivo de la paradoja especulativa; también quiso descender al campo peligroso de la política militante. Aquí, naturalmente, le han perjudicado sus hábitos de ideólogo iconoclasta. Quiso ensayar con los hombres del poder la misma irreverencia que con las ideas, y aquéllos reaccionan y se defienden en la forma poca agradable que estamos viendo. El error de don Miguel de Unamuno consistió en haber olvidado que si las ideas, en el reino gris de la abstracción, pueden manejarse por el filósofo así como los insectos por el entomólogo, no así las cosas de la política, cuando éstas las traen entre manos esos «salvadores providenciales» que se llaman Benito Mussolini o Primo de Rivera...

Entre los escritores políticos, o mejor dicho, los que se dedican a censurar la labor de los gobernantes, nosotros estableceríamos la siguiente clasificación: los peligrosos y los inofensivos. Los primeros, ya se sabe, son políticos ambiciosos y hombres de acción que se disfrazan bajo el manto de ideales generosos para alcanzar sus finalidades. Los segundos, son simples intelectuales y hasta abúlicos que no buscan otro fin que su propio esparcimiento. El precio de su esfuerzo lo encuentran esos desinteresados en la delectación que les producen sus propias palabras. Ah, ellos lo arrostran todo, a veces, por una feliz ironía, un sarcasmo ingenioso o un chiste oportuno. Ellos se regocijan y se divierten, se desquitan de su inutilidad, con esa labor de bufones heterodoxos e irreverentes, ante un público descreído que se divierte también con ellos, pero sin tomarlos muy en serio... Pero el juego les resulta, en veces, bastante caro. Hay gobiernos civilizados y tolerantes que los dejan hablar y escribir; pero hay otros que toman muy en serio su misión, que son fanáticos, y no toleran que los desocupados se diviertan a costa de ellos. Entonces el escritor, el hombre que sólo quería aliviar su plenitud interior o divertirse un poco, va a parar a una ergástula o sale por el camino del exilio...

El caso de don Miguel de Unamuno trae a nuestra memoria el recuerdo de un cuento de Benavente: *El Oso que sólo quería divertirse un poco*. Escapado de la tropa que le llevaba por el mundo, el oso apareció un día en los suburbios de un pueblo, y al ver una turba de chiquillos que jugaban sobre la hierba de un prado en primavera, él quiso adherirse al regocijo, y se puso a rugir y a bailar como lo hiciera en su vida de trashumante domesticidad. Pero he aquí que las gentes del Pueblo se espantan de su aparición, y que unos jayanes, creyendo cumplir su deber, le disparan con sus escopetas, dejándole tendido sobre el suelo. El oso, moribundo, con la vista fija en el cielo azul, exclamó de esta manera: «¡Qué brutos son los hombres! Me han matado... Y yo que sólo quería divertirme, revolcarme sobre la hierba, danzar un poco...»

No sabemos a punto fijo cuáles son los motivos que ha tenido el Directorio para expulsar a don Miguel de Unamuno. Pero pensamos que ha sido algún discurso o algún artículo de periódico censurando al Rey o al mismo Directorio. Acaso alguna de esas burlas a que es tan inclinado el profesor de Salamanca. Y ya sabemos que el «Mussolini» de Don Alfonso, dando pruebas de un espíritu medioeval, no tolera que se hable mal de su gobierno ni tras las bambalinas.

Ahora bien, si comprendemos la acción de una Dictadura contra los escritores «peligrosos» de que hablábamos antes, no nos explicamos esas medidas drásticas contra los «inofensivos», entre los cuales colocamos al señor de Unamuno, a pesar de su aparente temibilidad. No olvidemos que Unamuno es un anciano, un eremita que vivía recluido en su gabinete de trabajo, y que España desde hace tiempo se acostumbró a oirle sin sobresaltarse. Por ello, su expulsión se nos antoja un lujo de intolerancia dictatorial, un derroche de cesarismo. El general Primo de Rivera, que no parece un tonto, se ha equivocado lamentablemente al desterrar a don Miguel de Unamuno, por que ese acto, innecesario como defensa, revelará su dictadura, a los ojos del mundo, bajo una luz poco favorable. La verdad es que hoy, excepción hecha de los bolsheviques rusos, todos los gobiernos civilizados de Europa, toleran y respetan las manifestaciones del pensamiento libre. Las persecuciones a la prensa, las expulsiones a los escritores independientes, casi sólo se ven ya en ciertas satrapías centroamericanas, y, transitoriamente, en una o dos repúblicas sur-americanas, que hoy se encuentran bajo las garras del despotismo.

Esas persecuciones son actos repulsivos que no sólo revelan el atraso de los países, sino también la condición moral inferior de sus gobiernos. Por todo lo expuesto, pensamos que el General Primo de Rivera no debió haber expulsado a don Miguel de Unamuno. Si el catedrático de Salamanca se excedió en sus ataques, el Jefe del Directorio, en vez de imitar el gesto burdo de los dictadorzuelos intertropicales de América, debió haber tenido la elegancia moral de soportar esos ataques de sus enemigos,

Un lamentable desacierto del carlismo español

Hoy publicará la *Gaceta* la siguiente Real orden:

«El excelentísimo señor jefe del Gobierno, presidente del Directorio militar, me comunica la siguiente Real orden:

»Ilmo. Sr.: Acordado por el Directorio militar el destierro a Fuerteventura (Canarias) de D. Miguel Unamuno y Jugo.

»S. M. el Rey (q. D. g.) se ha servido disponer:

»Primero. Que el referido señor cese en los cargos de vicerrector de la Universidad de Salamanca y decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma; y

»Segundo. Que quede suspenso de empleo y sueldo en el de catedrático de la expresada Universidad.

»Lo que traslado a V. S. para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde a V. S. muchos años.

»Madrid, 20 de febrero de 1924.—El subsecretario encargado del ministerio, LEÁNIZ. Señor ordenador de pagos por obligaciones de este ministerio».

(A. B. C. Madrid).

tal como dicen que lo hace en Italia el hombre de quien don Primo de Rivera parece copia y fiel trasunto.

SALATIEL ROSALES

México, marzo, 1924.

La protección al artesano

El artesano no es simplemente el obrero manual, como explican los diccionarios y significa en el lenguaje corriente. El obrero industrial moderno, el asalariado que trabaja en la fábrica, no es un artesano. No pueden buscarse dos términos más contradictorios en la esfera del trabajo que los de obrero fabril y artesano. Los de capitalista y obrero no lo son tanto, porque ambos forman parte de un mismo mundo: del mundo de la gran industria. El obrero fabril es un asalariado; el artesano es un trabajador libre, emancipado ya o que no ha sido sorbido por la ancha sima de la producción industrial. El obrero fabril es una víctima de la división del trabajo; sólo le está encomendada una operación, a veces insignificante, en todo el proceso de la producción. El artesano planea, elabora y remata el producto y goza con ello las delicias de la creación y contemplación de la obra conclusa. El obrero fabril entra en el gran anonimato de una fábrica como el niño en el orfelinato de un hospicio. El artesano no es un anónimo; tiene firma y puede disfrutar fama personal, a veces muy subida. El obrero produce en cantidad; el artesano pone su honra en la calidad. Por esto el artesano representa, dentro de los oficios, un rango muy cercano al del artista, la aristocracia del trabajo manual. En la artesanía es donde quedan las más puras tradiciones profesionales, las mejores virtudes técnicas y un concepto del trabajo más familiar y personalizador.

Hubo un tiempo en que se creía a pies juntos que el pequeño taller del artesano era un obstáculo para el progreso industrial. Era un error; pero hubiera sido indiferente que se creyera lo contrario. La industria, una vez puesta en marcha, empieza su trabajo de concentración y cuanto se le opone queda triturado entre sus engranajes. ¿Cómo iba a resistirse el pequeño taller a la gran fábrica, que absorbe todas las demandas de obra y todos los obreros? Así fué desapareciendo la artesanía, la perfección de la obra, las tradiciones técnicas y la penetración del espíritu en lo manual. Pero ya parece que empieza a pensarse en la necesidad de sostener al artesano, de alentarle y de multiplicar sus talleres, no solamente de conservar los que hayan podido resistirse por sí mismos al torbellino devorador de la gran industria. ¡Quién sabe si la crisis fabril del mundo será favorable a esta resurrección de los antiguos oficios!

Hasta ahora se ha dejado abandonado al artesano a sus propias fuerzas, mientras han recibido el más decidido apoyo del Estado todos los otros ramos de la producción. Existe el crédito agrícola en muchos países; buen número de industrias reciben ayudas financieras y ventajas de otra naturaleza; las instituciones adyacentes a la gran industria, como las sociedades obreras de producción, las cooperativas de consumo, son asimismo protegidas por el Estado. Existe una enorme diferencia entre la atención dispensada a una y otra forma de trabajo. Pero ya el Parlamento francés acaba de aceptar dos proyectos de crédito financiero a favor del artesano. Los anticipos instituídos son de dos clases, colectivos o individuales, siempre a larga fecha. Los colectivos se concederán a sociedades cooperativas de compras y ventas en gran escala integradas por artesanos; los individuales, destinados a favorecer la constitución y compra de primeras materias y herramientas en talleres de pequeña importancia. La cantidad destinada a este crédito es pequeña; pero el hecho significa un paso hacia el reconocimiento y rehabilitación del artesano, síntoma acaso de una nueva concepción de una industria más humana y personal.

(*El Sol*, Madrid)

Página lírica

De Eduardo Uribe

FANTASIA I

Fragante a nardo te soñé. Venías
por serenos caminos; leve
y elástico el andar: cual si en la nieve
se posare tu pie... Me sonreías
como invitándome a seguirte:
eras la misma que el destino quiso
que un día conociera; y al decirte
una frase de amor, profundo hechizo
ungiéranme tus ojos... Un instante
no más nos encontramos en la vida,
y mi alma desde entonces sacudida
por tu recuerdo ansiábate anhelante...
¿Qué rumbo innumerable
por sendas de dolor o por divinos
y triunfales caminos
condúcete, Mujer invulnerable?...
En vano fué que te buscase: fuiste
visión alucinante, fugitiva...
En el lejano encuentro detuviste
tu paso, misteriosa y sugestiva;
y al avanzar hasta tu lado
en rebelión severa
mi audaz impulso fueme castigado
con tu mano fragante a Primavera...
Eras la misma del lejano encuentro:
los árboles en éxtasis; la senda
silente; voluptuoso centro
para elevar nuestra amorosa tienda
era el jardín remoto;
había en tu semblante vago, ignoto
misterio ultraterreno...
Eras más fina; más esbelta; pálida
cual si la luna hubiérase dormido
en tu cuerpo con visos de crisálida;
apenas dibujábase tu seno
tras el lívido velo del vestido...
Cuando a tu lado fuí, sin inmutarte
recibiste mi trágica visita
de grotesco muñeco:
y con voz temblorosa, al preguntarte
tu nombre, respuesta inaudita
estremeció mi ser... Un viento fuerte
denso y sombrío repitióme el eco
de eternidad: ¡eras la Muerte!...

FANTASIA II

Soñaba que un camino interminable
y hostil, yo recorría: tembloroso
y débil como niño irresponsable,
mis ojos concentraban doloroso
estupor... Y mi paso apenas era,
bajo el palor de eternidad y noche,
de aquella senda pálida y austera,
demarcación imperceptible... Lento
era el avance y el camino cruento,
y en él me torturaba sin reproche...
—Alma, viajera núbil, ¿qué persigues
por esta zona lúgubre?—me dijo
una voz inquietante.—Do tu sigues
todo el dolor concéntrase...
—¡Exijo
una más amplia explicación!
Responde
la cavernosa voz:—Yo soy la ruda
fascinación; quien mi misterio ahonde
sabrá que el vicio mi poder escuda;
tiéndeme el Hombre sus endebles brazos
y ciego se deleita en mis festines;
yo doy la vana gloria; los fracasos...
Soy el burdel, los negros cafetines;
soy la lucha soberbia; la desidia
aduérmese en mis lánguidos regazos;
soy el imperio loco de la envidia...
—Y tu nombre, ¿cuál es?
—¡Yo soy la Vida!
Y siguió por la vía sacudida
el Alma de dolor y vicio; inerte
el corazón, cansados los sentidos
sentíalos el pálido viajero;
y triste y extenuado, el derrotero
interminable andábalo...
—¡Detente!
Otra voz le gritó:—¿Buscas la calma
que robustece y enaltece al alma?
¡Oh pálido viajero, sorprendente
oasis alucinante, en tu camino
será mi reino sideral, divino...
En mí hallarás la paz: la vida vana
mi bóveda infinita no profana...!
Y pregunté:—¿Quién eres, oh clemente
deidad de encantamiento?...
—¡Soy la Muerte!

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica